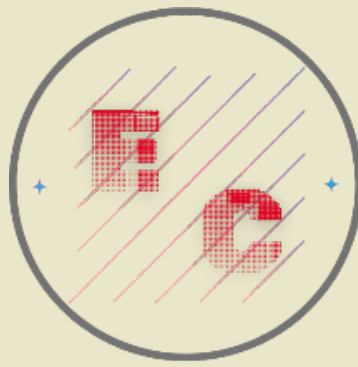




REVISTA MULTIDISCIPLINAR EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS

Volumen 3, Número 4
Octubre-Diciembre 2026

Edición Trimestral

CROSSREF PREFIX DOI: 10.71112

ISSN: 3061-7812, www.omniscens.com

Revista Multidisciplinar Epistemología de las Ciencias

Volumen 3, Número 4
Octubre-Diciembre 2026

Publicación trimestral
Hecho en México

La Revista Multidisciplinar Epistemología de las Ciencias acepta publicaciones de cualquier área del conocimiento, promoviendo una plataforma inclusiva para la discusión y análisis de los fundamentos epistemológicos en diversas disciplinas. La revista invita a investigadores y profesionales de campos como las ciencias naturales, sociales, humanísticas, tecnológicas y de la salud, entre otros, a contribuir con artículos originales, revisiones, estudios de caso y ensayos teóricos. Con su enfoque multidisciplinario, busca fomentar el diálogo y la reflexión sobre las metodologías, teorías y prácticas que sustentan el avance del conocimiento científico en todas las áreas.

Contacto principal: admin@omniscens.com

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido de la publicación sin previa autorización de la Revista Multidisciplinar Epistemología de las Ciencias siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución 4.0.



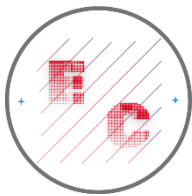
Copyright © 2026: Los autores



9773061781003

Cintillo legal

Revista Multidisciplinar Epistemología de las Ciencias Vol. 3, Núm. 4, Octubre-Diciembre 2026, es una publicación trimestral editada por el Dr. Moises Ake Uc, C. 51 #221 x 16B , Las Brisas, Mérida, Yucatán, México, C.P. 97144 , Tel. 9993556027, Web: <https://www.omniscens.com>, admin@omniscens.com, Editor responsable: Dr. Moises Ake Uc. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2024-121717181700-102, ISSN: 3061-7812, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Responsable de la última actualización de este número, Dr. Moises Ake Uc, fecha de última modificación, 1 octubre 2026.



Revista Multidisciplinar Epistemología de las Ciencias

Volumen 3, Número 4, 2026, octubre-diciembre

DOI: <https://doi.org/10.71112/601pz729>

**LA SUBJETIVACIÓN EN INFANTES AUTISTAS: UNA INTERROGACIÓN SOBRE
LAS FORMAS DE RECONOCER AL SUJETO**

**SUBJECTIVATION IN AUTISTIC CHILDREN: AN INQUIRY INTO THE WAYS OF
RECOGNIZING THE SUBJECT**

Norma Jurado Campusano

México

La subjetivación en infantes autistas: una interrogación sobre las formas de reconocer al sujeto

Subjectivation in autistic children: an inquiry into the ways of recognizing the subject

Norma Jurado Campusano^{a,*}

edusaju@yahoo.com.mx

<https://orcid.org/0009-0002-3780-0370>

*Autor de correspondencia: edusaju@yahoo.com.mx, ^aCentro de Actualización del Magisterio de Chihuahua, México

RESUMEN

Este ensayo problematiza la noción de subjetivación en infantes autistas a partir de una interrogación previa: ¿desde qué concepción de sujeto se intenta reconocer aquello que se nombra como subjetivación? Se examina cómo las categorías diagnósticas y los referentes históricos, médicos, psicológicos, pedagógicos y psicoanalíticos intervienen en las formas de mirar, nombrar e interpretar las manifestaciones del infante autista. El análisis plantea una tensión epistemológica: para conocer se requieren categorías teóricas, pero estas pueden convertirse en medidas anticipadas de aquello que se espera encontrar. Desde esta tensión, se propone pensar la subjetivación como un proceso que exige atender las formas singulares en que se construyen y transforman las relaciones del infante con el lenguaje, el cuerpo, los objetos y los otros, sin atribuir previamente un significado a sus manifestaciones ni reducirlas a parámetros establecidos.

Palabras clave: subjetivación; autismo; sujeto; singularidad; diagnóstico.

ABSTRACT

This essay problematizes the notion of subjectivation in autistic children by addressing a prior question: from what conception of the subject do we attempt to recognize what is referred to as subjectivation? It examines how diagnostic categories and historical, medical, psychological, pedagogical, and psychoanalytic frameworks intervene in the ways autistic children's manifestations are observed, named, and interpreted. The analysis raises an epistemological tension: theoretical categories are necessary for knowledge, yet they may become predetermined measures of what is expected to be found. From this tension, subjectivation is approached as a process that requires attention to the singular ways in which children's relationships with language, the body, objects, and others are constructed and transformed, without assigning meaning to their manifestations in advance or reducing them to previously established parameters.

Keywords: subjectivation; autism; subject; singularity; diagnosis.

Recibido: 7 octubre 2026 | Aceptado: 19 octubre 2026 | Publicado: 20 octubre 2026

INTRODUCCIÓN

A primera vista, hablar de subjetivación en infantes autistas parecería plantear una cuestión sencilla. La dificultad aparece en cuanto se advierte que, antes de investigar cómo ocurre ese proceso, habría que poner en cuestión qué asumimos como sujeto. Desde la modernidad hasta nuestros días, esta noción ha sido atravesada por concepciones epistémicas y ontológicas diversas; no es posible, en consecuencia, dar por evidente su significado.

En los espacios que reciben a infantes autistas, en las familias, en el ámbito médico e incluso en las conversaciones de pasillo circulan frases como “es un sujeto autista”, “hay que reconocer al sujeto autista” o “es un niño autista”. Rara vez nos detenemos a interrogar qué

significa hablar de un sujeto. Cuando decimos “sujeto autista”, ¿nos referimos a una persona, a un individuo, a un niño que piensa, a alguien que habla o que no habla, a alguien capaz de relacionarse con otros? ¿De qué hablamos, en suma, cuando hablamos de sujeto?

La pregunta no es únicamente conceptual. Palti (2012), al examinar las transformaciones que trajo consigo el llamado giro lingüístico, ofrece elementos para problematizar la supuesta transparencia de las categorías con las que conocemos. Las palabras no son simples nombres colocados sobre una realidad ya constituida: participan también de las condiciones desde las cuales esa realidad se vuelve inteligible. La interrogación tiene que dirigirse, entonces, hacia nuestros propios presupuestos: ¿desde qué categorías pensamos aquello que creemos conocer?

Plantear la subjetivación en los infantes autistas obliga a comenzar desde una incomodidad. Antes de cualquier encuentro con el autismo ya está ahí lo que hemos aprendido a nombrar como sujeto a través de la historia, de las relaciones, de la experiencia y de distintos campos de conocimiento. Nadie llega frente a un infante desprovisto de referentes; llegamos con formas aprendidas de mirar, interpretar y reconocer.

En el caso del autismo, esto tiene un peso particular. Antes de estar frente a un niño o una niña autista disponemos ya de un lenguaje para nombrarlo y de ciertos saberes sobre lo que conviene observar. El lenguaje, el cuerpo, la comunicación, las relaciones, las conductas y las formas de estar con otros se miran desde concepciones que no surgieron de manera natural, sino que se construyeron histórica y disciplinariamente. Desarrollo, normalidad, alteración, déficit, comunicación, sujeto o autismo son palabras que forman parte de esos marcos en los que lo observado adquiere sentido.

Nada de esto significa que las dificultades de un infante sean una invención del lenguaje. El problema es otro: ¿qué parte de lo que reconocemos como diferencia corresponde

a lo que el infante hace, y qué parte adquiere significado a partir del referente desde el cual aprendimos a mirarlo?

Nombrar al diferente en este caso, al infante autista supone hacerlo desde un referente. La diferencia no se produce en el vacío: reconocer algo como diferente exige una referencia respecto de la cual establecerlo. Nociones como normalidad, desarrollo, capacidad, adaptación o déficit llevan implícita, de algún modo, una medida con la cual comparar lo que observamos.

La problemática de la alteridad puede profundizarse a partir de Stoichita (2016), quien examina las formas históricas mediante las cuales el arte occidental ha construido imágenes de aquellos considerados diferentes. Su análisis permite interrogar la mirada como una práctica atravesada por referentes culturales e históricos, antes que como una operación puramente neutral. Esta perspectiva introduce una dificultad para nuestra investigación: cuando reconocemos determinadas manifestaciones del infante autista como diferentes, ¿qué concepción de lo esperado interviene en ese reconocimiento? No se trata de equiparar las representaciones históricas estudiadas por Stoichita con las categorías contemporáneas del autismo, sino de advertir que la diferencia no puede pensarse independientemente de los referentes desde los cuales se establece.

De ahí la necesidad de interrogar la ontología y la epistemología que rodean a los infantes autistas, así como la manera en que estas concepciones toman forma en la mirada, en el lenguaje, en las relaciones y en la utilización de los objetos. Tales concepciones están engarzadas en una construcción histórica, social, médica, psicológica, sociológica y pedagógica, entre otras, que funciona como la fuente de la que bebemos para acercarnos a los autistas. No son una manera natural de pensar, sino saberes que intervienen en nuestras formas de nombrarlos y que, en cierta medida, anticipan el encuentro con las infancias.

Slee (2012) lleva más lejos esta cuestión cuando interroga la expansión de las categorías diagnósticas, el perfeccionamiento de las técnicas empleadas para identificarlas y el

alcance que ha adquirido el saber experto. Su planteamiento es pertinente porque muestra que clasificar no es solo una operación descriptiva: las categorías intervienen también en las expectativas y en las formas institucionales con que los sujetos son recibidos.

DESARROLLO

Una de las dificultades que plantea el estudio de la subjetivación en infantes autistas se encuentra en las propias categorías desde las cuales el autismo ha sido históricamente reconocido. Estas categorías no han permanecido invariables: se han transformado junto con los conocimientos, los criterios diagnósticos y las formas de interpretar determinadas manifestaciones infantiles. Interrogar esas transformaciones resulta necesario porque aquello que una época reconoce como autismo no puede separarse completamente de los referentes desde los cuales lo identifica.

Russell et al. (2022), al seguir durante veinte años los registros de atención primaria en el Reino Unido, documentaron un incremento del 787 % en la incidencia de diagnósticos de autismo entre 1998 y 2018, con los aumentos más pronunciados entre adultos y entre mujeres.

Los propios autores se inclinan a explicar ese crecimiento menos por un aumento real de la prevalencia que por una ampliación en el reconocimiento y en la aplicación de la categoría. El dato no autoriza a decir que el autismo sea una invención. Dice algo más incómodo: que los límites de aquello que nombramos como autismo se han desplazado y que ese desplazamiento tiene una historia. Si la frontera de una categoría se mueve, preguntarse qué organiza esa categoría en nuestra mirada deja de ser una inquietud especulativa.

La cuestión de quién produce ese conocimiento pertenece al mismo problema. Milton (2014), investigador autista, ha señalado que buena parte del saber experto sobre el autismo se construyó sin la participación de aquellos de quienes ese saber habla, y que la ausencia deja huellas en las descripciones disponibles. La observación no descalifica la investigación

existente; señala una condición suya. Si las categorías con las que miramos provienen en buena medida de quienes observan desde fuera, interrogar nuestros referentes deja de ser un escrúpulo metodológico y pasa a formar parte del objeto. La crítica de Spivak (2010) a las formas de representación del otro permite profundizar esta interrogación. Su trabajo pone en cuestión la posición desde la cual determinados discursos producen conocimiento sobre aquellos a quienes pretenden representar. Esta problemática adquiere relevancia al preguntarnos por las condiciones desde las cuales se construye el saber sobre los infantes autistas. ¿Hasta qué punto las categorías utilizadas para reconocer sus manifestaciones permiten aproximarnos a sus formas singulares de relación con el mundo y en qué momento terminan sustituyéndolas por aquello que el discurso especializado está preparado para reconocer? No se pretende establecer una equivalencia entre la subalternidad examinada por Spivak y el autismo, sino recuperar una dificultad epistemológica: el conocimiento del otro no puede desligarse de la posición desde la cual se le interpreta y representa.

La categoría diagnóstica no es, por eso, una palabra falsa que encubra una supuesta realidad verdadera del infante. El diagnóstico produce conocimiento, permite reconocer ciertas dificultades y puede posibilitar formas de atención. Lo que interesa preguntar es otra cosa: ¿qué sucede cuando lo que sabemos por medio de una categoría empieza a organizar anticipadamente lo que esperamos encontrar?

Observar que un infante repite incansablemente un movimiento no es lo mismo que establecer, de inmediato, que esa repetición constituye una alteración. Tampoco es lo mismo ver que toma un automóvil de juguete y hace girar una y otra vez una de sus ruedas que afirmar que “no sabe jugar adecuadamente”. Esta segunda afirmación requiere una idea previa sobre cómo debería jugar un niño, qué uso tendría que dar al objeto y qué acciones esperamos encontrar a cierta edad. Entre “gira repetidamente la rueda” y “no juega como debería” ha aparecido una medida.

Nombrar algo como déficit obliga a establecer respecto de qué lo es. El déficit supone una comparación, y toda comparación remite a una referencia. No se trata de desconocer las dificultades que pueda experimentar un infante, sino de distinguir entre lo que observamos y la interpretación que le otorga un significado determinado. Entre lo que el infante hace y la lectura que hacemos de ello se interpone el saber desde el cual miramos.

Existe un modo de plantear esta dificultad que proviene de la propia investigación sobre autismo. Milton (2012) sostiene que las dificultades de comprensión entre personas autistas y no autistas no se localizan en una sola de las partes, sino en la falta de reciprocidad entre disposiciones distintas; llamó a esto el problema de la doble empatía. La formulación desplaza el lugar del problema sin negarlo: aquello que se describía como una carencia del infante aparece también como un desencuentro que ocurre entre dos. Crompton et al. (2020) sometieron esta hipótesis a prueba mediante cadenas de transmisión de información y encontraron que, entre adultos autistas, los detalles se conservaban tanto como entre adultos no autistas, mientras que la pérdida se acentuaba en las cadenas mixtas. Un hallazgo así no disuelve las dificultades ni las convierte en un asunto exclusivamente social. Obliga, eso sí, a preguntarnos cuánto de lo que medimos como déficit depende de quién se encuentra del otro lado de la interacción.

Esta distinción abre un segundo problema. Lo observado comienza a agruparse bajo categorías que permiten nombrarlo, clasificarlo y producir conocimiento sobre él. En el autismo, el diagnóstico hace posible reconocer ciertas manifestaciones comunes entre distintos infantes; sin embargo, lo que sabemos de una categoría no necesariamente nos da acceso a la manera particular en que cada infante se relaciona con lo que le acontece.

Dos infantes pueden compartir un diagnóstico y presentar, incluso, manifestaciones en apariencia semejantes: repetir una palabra, insistir en un movimiento, sostener una relación particular con un objeto o establecer ciertas distancias respecto de los otros. Que podamos

describirlas con palabras parecidas no autoriza a concluir que ocupan el mismo lugar para uno y otro. El conocimiento sobre el autismo permite identificar regularidades, pero estas no dan cuenta por completo de la singularidad del infante.

Carbonell y Ruiz (2013) sostienen que los sujetos agrupados bajo una misma categoría diagnóstica no pueden considerarse equivalentes entre sí, y plantean la necesidad de atender las dificultades de cada uno. Su perspectiva introduce una diferencia central: conocer el autismo no equivale necesariamente a conocer al sujeto que tenemos enfrente. La categoría aporta un conocimiento general, pero no puede dar cuenta, por anticipado, de la relación particular que un infante establece con su cuerpo, con el lenguaje, con los objetos y con los otros.

Tomar en serio la singularidad tampoco significa atribuir un significado subjetivo a cada manifestación. Si un infante repite una palabra, mantiene un objeto próximo a su cuerpo o reitera un movimiento, no es posible concluir de antemano qué función cumple eso para él.

Hacerlo equivaldría a colocar primero la teoría y servirse después del infante para confirmar lo que ya esperábamos encontrar. La singularidad exige, más bien, mantener abierta la pregunta.

Se perfila aquí la tensión que conduce al núcleo del problema. Necesitamos categorías para conocer el autismo, pero ninguna puede decirnos por completo quién es el infante que tenemos delante. De modo que ya no basta con afirmar que hay que “reconocer al sujeto autista”; antes es preciso interrogar qué entendemos por sujeto y desde qué concepción esperamos reconocerlo.

Con ello la pregunta se desplaza. Si una categoría no agota lo que sucede con cada niño, la interrogación ya no puede quedarse en cómo nombramos la diferencia, en los efectos del diagnóstico o en lo que este permite o no conocer del infante autista. Se dirige ahora hacia el propio referente desde el cual pensamos la subjetivación: si contamos ya con una idea

determinada de lo que un sujeto es, ¿corremos el riesgo de reconocer como subjetivación solo aquello que coincide con esa idea?

La noción de sujeto no es una categoría única ni ha permanecido invariable, las distintas maneras de pensarlo han dado lugar a relaciones diversas entre sujeto, conocimiento, conciencia, razón y lenguaje. Braidotti (2020), desde su crítica al humanismo, permite ampliar esta interrogación al cuestionar la pretendida universalidad de una concepción de sujeto históricamente vinculada con determinados ideales de racionalidad, autonomía y conciencia.

Su planteamiento pone en discusión que una configuración particular de lo humano pueda instituirse como referente general desde el cual reconocer otras formas de existencia.

Esta dificultad adquiere relevancia para nuestra problemática: si aquello que entendemos por sujeto responde a una construcción histórica y filosófica, ¿desde qué referente pretendemos reconocer la subjetivación en los infantes autistas? La pregunta no consiste en establecer si estos infantes cumplen determinadas condiciones para ser reconocidos como sujetos, sino en interrogar las condiciones desde las cuales formulamos semejante exigencia.

No se busca aquí reconstruir exhaustivamente la historia de esas concepciones, sino detenerse en una dificultad que toca de lleno nuestra problemática: tampoco cuando buscamos reconocer al sujeto en un infante partimos de un lugar vacío. Tenemos ya ciertas ideas sobre lo que tendría que manifestarse para poder reconocerlo.

Le Gaufey (2009) ayuda a precisar esta dificultad al distinguir el sujeto lacaniano de otras figuras históricas, entre ellas el ego cartesiano y el sujeto trascendental kantiano. Su recorrido muestra que lo que llamamos sujeto no remite a una entidad idéntica, conservada intacta a lo largo del tiempo. La distinción resulta decisiva, pues separa términos que suelen emplearse como equivalentes: persona, individuo, yo y sujeto no nombran necesariamente lo mismo. A esta ruptura conceptual se llega, justamente, después de haber problematizado la categoría diagnóstica.

La precisión tiene consecuencias para pensar el autismo. Si partimos de una concepción según la cual el sujeto tendría que volverse reconocible por medio de ciertas capacidades, podríamos buscarlo únicamente allí donde aparecen las formas esperadas del lenguaje, la comunicación, la reciprocidad o la relación con los otros. Y cuando esas formas no se presentan como esperamos, aparece el riesgo de una operación que merece ser interrogada: pasar de reconocer una diferencia en la manera de relacionarse con el lenguaje o con los otros a considerar esa diferencia como una insuficiencia del propio sujeto.

Al trabajar la formulación lacaniana del sujeto representado por un significante para otro significante, Le Gaufey (2009) introduce una ruptura con la posibilidad de concebirlo como una entidad genérica, identificable mediante un conjunto estable de propiedades, y lo plantea como una entidad “vacía y singular” (p. 21). El valor de esta formulación para nuestra investigación no reside en convertirla de inmediato en una explicación del autismo, sino en lo que pone en dificultad: el sujeto no podría localizarse simplemente como una propiedad observable del individuo.

Podemos volver ahora, desde otro lugar, a la expresión con la que se abrió este planteamiento: “es un sujeto autista”. Reconocer al infante como persona es indispensable, pero no resuelve por sí solo la pregunta por el sujeto. Afirmar que hay un sujeto detrás del diagnóstico tampoco explica cómo se producen sus relaciones con el lenguaje, el cuerpo, los objetos o los otros.

No se trata, por ello, de reemplazar el saber diagnóstico por una certeza psicoanalítica. Si llegáramos al infante convencidos de saber ya cómo tendría que aparecer el sujeto, habríamos cambiado de teoría, pero conservaríamos la misma operación: fijar primero lo que esperamos encontrar y usar después las manifestaciones del niño para confirmarlo.

La pregunta “¿hay sujeto en el autismo?” resulta, en consecuencia, insuficiente para esta investigación. Nos interesa una interrogación previa: ¿desde qué concepción de sujeto

formulamos siquiera la pregunta por su presencia en el autismo? Este desplazamiento abre la posibilidad de pensar la subjetivación sin establecer previamente la forma que tendría que adoptar.

Hablar de subjetivación plantea una dificultad distinta de la que supone afirmar, sin más, la existencia de un sujeto. La subjetivación remite a un proceso y nos obliga a preguntar cómo aproximarnos a aquello que se construye y se transforma en la relación particular de un infante con el lenguaje, con su cuerpo, con los objetos y con los otros. Entendida así, deja de coincidir con una condición que pudiera comprobarse a partir de características predeterminadas.

Carbonell y Ruiz (2013) aportan un elemento importante al sostener que el diagnóstico no permite saber anticipadamente qué sucede con cada sujeto. La atención se desplaza, con ello, de la identificación de una característica hacia la pregunta por la respuesta singular.

Preguntar cómo responde un infante modifica nuestra posición frente a lo que observamos: el infante deja de aparecer únicamente como portador de una condición o de una serie de manifestaciones, y se abre la posibilidad de interrogar qué ocurre en su manera particular de relacionarse con lo que le acontece.

Una precaución resulta indispensable. No podemos concluir que una repetición, un silencio, cierto uso de un objeto o una forma particular de establecer distancia con los otros tengan necesariamente un significado subjetivo, ni decidir por adelantado cuál sería. Sería, de nuevo, poner la teoría en primer lugar y pedir luego al infante que confirme lo que ella ya había establecido.

Ninguna manifestación debería leerse, por eso, de manera aislada. Si un infante repite una palabra, lo que sabemos en principio es que la repite; si insiste en determinado objeto, podemos reconocer esa insistencia; si establece una distancia particular frente a los otros, podemos observarla. Lo que aún no sabemos es qué lugar tiene todo ello para ese infante. La

distinción que importa se traza entre lo observable y aquello cuya función todavía necesita ser interrogada.

La dimensión temporal adquiere aquí especial importancia. Difícilmente una manifestación aislada puede decirnos, por sí sola, qué lugar ocupa en el proceso de subjetivación. Hace falta seguir lo que sucede con ella: cuándo aparece, en qué condiciones, qué permanece, qué cambia y qué nuevas relaciones pueden establecerse. Una palabra repetida puede adquirir otros usos; un objeto puede permanecer, ser sustituido o perder el lugar que tenía; cierta distancia respecto de los otros puede modificarse. No se trata de resolver por anticipado si estas transformaciones son progreso o retroceso, sino de estar en condiciones de advertir qué ocurre en la relación del infante con lo que le acontece.

El lenguaje, el cuerpo, los objetos y los otros no tendrían que funcionar, por lo mismo, como indicadores destinados a medir un supuesto grado de subjetivación. Pueden pensarse, más bien, como lugares de lectura. No basta con constatar si el infante habla o no habla, mira o no mira, juega de una manera determinada o establece contacto con los otros; lo que interesa es cómo se construyen esas relaciones y qué transformaciones pueden advertirse en ellas.

Con esto se precisa lo que empezamos a entender por subjetivación en esta investigación: no una sucesión de adquisiciones que todos los infantes tendrían que alcanzar del mismo modo, sino un proceso que exige atender a las formas singulares en que ciertas relaciones se establecen y se transforman. Atender a la singularidad no equivale a convertir cualquier conducta en una producción subjetiva; implica reconocer que el conocimiento general sobre el autismo no permite establecer anticipadamente la función que una manifestación tiene para un infante en particular.

Surge así una dificultad decisiva: ¿cómo investigar la subjetivación sin que nuestra propia concepción de sujeto se convierta en la medida con la que decidiremos qué cuenta y qué no cuenta como subjetivación?

pregunta lleva el problema a su punto central. Investigar los procesos de subjetivación requiere conceptos y referentes teóricos; sin ellos no podríamos delimitar lo que buscamos comprender. Esos mismos referentes, sin embargo, pueden limitar la mirada si determinan de antemano lo que seremos capaces de reconocer. La dificultad no está fuera de la investigación. Forma parte de ella.

Nuestra propia posición, por lo tanto, tiene que incluirse dentro del problema. Las disciplinas, las teorías y las experiencias desde las cuales nos acercamos al autismo intervienen en lo que observamos y en las preguntas que podemos formular. No basta con interrogar qué sabemos acerca del infante autista: es necesario preguntarse también qué hace ese saber con nuestra manera de mirarlo. Esta interrogación encuentra un referente epistemológico en Morin (2006), quien plantea la necesidad de someter el propio conocimiento a examen, reconociendo que conocer no constituye una operación independiente de las condiciones y los procesos mediante los cuales se organiza lo conocido. Desde esta perspectiva, investigar la subjetivación en infantes autistas exige interrogar no solamente las manifestaciones que pretendemos comprender, sino también las operaciones conceptuales que intervienen en su interpretación. La dificultad consiste en que los referentes teóricos necesarios para producir conocimiento pueden convertirse, al mismo tiempo, en límites de aquello que somos capaces de reconocer. Por ello, la pregunta por la subjetivación compromete también la posición epistemológica de quien investiga.

Una decisión de escritura forma parte de esta misma posición. A lo largo del texto se habla de infantes autistas y no de niños con autismo. La elección no es indiferente. Bottema-Beutel et al. (2021), recogiendo el reclamo de investigadores y personas autistas, analizan cómo ciertas formas de nombrar instaladas en la literatura especializada transmiten, sin proponérselo, la idea de que el autismo es algo que le sobra al sujeto y que convendría retirar.

La discusión terminológica sigue abierta y no se resuelve en este trabajo. Nombrar de

un modo u otro, sin embargo, ya supone una manera de situar al infante frente a nosotros, que es justamente lo que esta investigación se propone interrogar.

La misma precaución vale para el psicoanálisis. No tendría sentido cuestionar una explicación médica, psicológica o pedagógica cuando pretende anticipar todo lo que ocurre con el infante, para colocar después al psicoanálisis como un saber capaz de conocer de antemano la verdad del sujeto. La teoría tendría que servir para interrogar lo que acontece sin decidir por adelantado lo que habrá de encontrarse.

La exigencia no es solamente teórica. Lasa Zulueta (2022) propone una lectura del autismo a la vez psicodinámica e integradora, y muestra que puede sostenerse una posición clínica sin convertir una disciplina en el tribunal de las demás. De esa orientación retomamos aquí el gesto: articular saberes en lugar de sustituir unos por otros, y dejar que cada uno responda por aquello que efectivamente alcanza a mostrar.

Carbonell y Ruiz (2013) ofrecen una imagen especialmente sugerente al advertir que la etiqueta diagnóstica puede funcionar como una “foto fija” del estado observable del sujeto, que deja fuera el proceso y la incertidumbre de su evolución. La imagen recupera algo esencial para nuestra problemática: la subjetivación no puede pensarse solo desde una fotografía del infante tomada en un momento determinado, porque implica necesariamente transformación, temporalidad e incertidumbre.

La Carta 52 de Freud permite sostener esta dimensión, sin que ello implique trasladar directamente sus planteamientos al autismo. En ella, Freud (1896) plantea una memoria que no queda constituida de una vez y para siempre, sino que se inscribe en diferentes capas y es susceptible de sucesivas retranscripciones. Recuperar esta idea no supone afirmar que Freud estuviera describiendo la subjetivación autista; supone introducir una concepción de lo psíquico que no puede reducirse a una organización lineal, simple y acabada. La referencia interesa, precisamente, por la posibilidad de reorganización y reinscripción que deja abierta.

CONCLUSIONES

La interrogación sobre la subjetivación en infantes autistas nos ha conducido a una dificultad que no se limita al conocimiento del autismo, sino que compromete las propias condiciones desde las cuales pretendemos reconocer al sujeto. A lo largo de este recorrido hemos advertido que las categorías diagnósticas, las concepciones teóricas y los referentes desde los cuales interpretamos las manifestaciones infantiles no constituyen instrumentos neutrales de observación. Participan en la delimitación de aquello que consideramos reconocible y, por lo tanto, también de aquello que puede quedar fuera de nuestra comprensión.

Esta dificultad adquiere particular importancia cuando la subjetivación se convierte en objeto de investigación. Si establecemos previamente las características mediante las cuales un sujeto tendría que manifestarse, corremos el riesgo de encontrar únicamente aquello que nuestras categorías nos permiten reconocer. Pero tampoco sería suficiente atribuir un sentido subjetivo a cualquier manifestación singular, porque con ello volveríamos a anticipar una respuesta que precisamente corresponde investigar.

No se pretende negar las dificultades que pueden presentar los infantes autistas ni desconocer lo que aporta el diagnóstico. Tampoco se pretende adjudicar un sentido subjetivo a toda repetición, silencio o relación con un objeto. Lo que se busca es mantener abierta la posibilidad de investigar qué lugar adquieren ciertas manifestaciones para cada infante y de qué modo ese lugar puede permanecer o transformarse.

Es en este punto donde la problemática admite una formulación más precisa. El encuentro con el autismo no solo nos lleva a preguntarnos cómo conocer al infante autista; también puede poner en dificultad las categorías con las que hemos aprendido a reconocer al sujeto.

Declaración de conflicto de interés

La autora declara no tener ningún conflicto de interés relacionado con este trabajo.

Declaración de contribución a la autoría

Norma Jurado Campusano: conceptualización, investigación, análisis formal, redacción del borrador original, revisión y edición de la redacción.

Declaración de uso de inteligencia artificial

La autora declara que utilizó inteligencia artificial como herramienta de apoyo durante el proceso de revisión y adecuación del manuscrito. Su uso no sustituyó el proceso intelectual, conceptual ni argumentativo de la autora. La selección de las fuentes, la construcción del problema, el desarrollo de la argumentación y las decisiones finales sobre el contenido son responsabilidad de la autora.

REFERENCIAS

- Bottema-Beutel, K., Kapp, S. K., Lester, J. N., Sasson, N. J., y Hand, B. N. (2021). Avoiding ableist language: Suggestions for autism researchers. *Autism in Adulthood*, 3(1), 18–29. <https://doi.org/10.1089/aut.2020.0014>
- Braidotti, R. (2020). *El conocimiento posthumano* (J. Ibarz, Trad.). Gedisa.
- Carbonell, N., y Ruiz, I. (2013). *No todo sobre el autismo*. Gredos.
- Crompton, C. J., Ropar, D., Evans-Williams, C. V. M., Flynn, E. G., y Fletcher-Watson, S. (2020). Autistic peer-to-peer information transfer is highly effective. *Autism*, 24(7), 1704–1712. <https://doi.org/10.1177/1362361320919286>
- Freud, S. (1896). Carta 52, del 6 de diciembre de 1896 [Carta a W. Fliess] (J. Bauzá, Trad.).
- Lasa Zulueta, A. (2022). *El autismo: una perspectiva integradora y psicodinámica*. Herder.
- Le Gaufey, G. (2009). Pensar sin reflexionar en absoluto. *Litoral*, (42), 7–24.

- Milton, D. E. M. (2012). On the ontological status of autism: The “double empathy problem”. *Disability & Society*, 27(6), 883–887. <https://doi.org/10.1080/09687599.2012.710008>
- Milton, D. E. M. (2014). Autistic expertise: A critical reflection on the production of knowledge in autism studies. *Autism*, 18(7), 794–802. <https://doi.org/10.1177/1362361314525281>
- Morin, E. (2006). *El método 3: El conocimiento del conocimiento* (A. Sánchez, Trad.). Cátedra.
- Palti, E. J. (2012). “Giro lingüístico” e historia intelectual: Stanley Fish, Dominick LaCapra, Paul Rabinow y Richard Rorty. Universidad Nacional de Quilmes.
- Russell, G., Stapley, S., Newlove-Delgado, T., Salmon, A., White, R., Warren, F., Pearson, A., y Ford, T. (2022). Time trends in autism diagnosis over 20 years: A UK population-based cohort study. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 63(6), 674–682. <https://doi.org/10.1111/jcpp.13505>
- Slee, R. (2012). *La escuela extraordinaria: Exclusión, escolarización y educación inclusiva* (P. Manzano Bernárdez, Trad.). Morata.
- Spivak, G. C. (2010). *Crítica de la razón poscolonial: Hacia una historia del presente evanescente* (M. Malo de Molina, Trad.). Akal.
- Stoichita, V. I. (2016). *La imagen del otro: Negros, judíos, musulmanes y gitanos en el arte occidental en los albores de la Edad Moderna* (A. M. Coderch, Trad.). Cátedra.